miento de la naturaleza primaria del trabajo, la objetivización de lo que es subjetivo, la generalización a partir de la más indudable particularidad, el condicionamiento de las creencias en las relaciones sociales de producción. En este rubro, y en otros por cierto, el trabajo de Villoro tendrá que ser el *texto* que aclare muchos puntos confusos. Y ojalá que sea más: un conjunto de ensayos que muevan a la crítica a los que se han olvidado de practicarla.

"Cualquier cultura promovida por el Estado tiende a ser *reiterativa* de elementos culturales, propende a consolidar tradiciones, a consagrar valores culturales. Así, ayuda a establecer patrones de una cultura 'normal'. Las disidencias innovadoras o críticas tienen que ocupar entonces una postura 'marginal'. Pero la producción cultural más creativa tiende, por lo contrario, a ser *disruptiva* de la cultura normal; en lugar de reiterar valores establecidos, tiende a ponerlos en cuestión". Cito este párrafo sobre todo con la intención de mostrar cómo Villoro puede entender a la cultura nacional de nuestro siglo y en particular a ciertos momentos de esa cultura en los que él ha sido protagonista de primer orden. La autenticidad de la cultura está asociada al carácter crítico del pensamiento que la alimenta, o que la debe alimentar. Pero, ojo, aquí de nuevo está el fenómeno de la dependencia, del poder. En el caso más cercano a Villoro la aparición del Estado mexicano como mediatizador: el grupo filosófico Hiperión, inspirado en las ideas de Ramos, Reyes, Ortega, Gaos, pudo crear una atmósfera crítica, de veras. Pero con la consolidación del "nacionalismo cultural" sus fines y sus proyectos quedarían atrapados en las tenazas de un Estado tan poderoso como artrítico.

JUAN JOSÉ REYES

Jean Marie Le Clézio, *La Conquista divina de Michoacán*, Ed. F.C.E., México, 1985, 110 pp. (ISBN: 968 - 16 - 1977 - 8)

En el año de 1530, a orillas del río Lerma y entre los actuales estados de Michoacán y Guanajuato, el conquistador Nuño de Guzmán torturó, improvisó un juicio y condenó a muerte al último cazonci Tzintzicha. Esa muerte significó el fin del glorioso reino del dios Curicaueri. La espada del conquistador acallaba los cantos y preparaba el silencio para la entrada de otras palabras y de otros cantos.

En ocasiones no resulta difícil ni ilógico pensar en el pasado como un vasto campo impredecible. Hay vacíos que provocan lagu-

nas en nuestra memoria. Vacíos que se hallan a merced de mentiras o exageraciones, con las que se rellenan.

Jean Marie Le Clézio, mejor conocido como novelista, logra contagiarnos con la magia y el encanto de una crónica escrita por un religioso anónimo del siglo XVI. Se trata de un texto que desafía al brillo de la espada del conquistador, pues lejos de sufrir la suerte de las estatuas destruidas *La Relación de Michoacán* preserva la memoria del pretérito chichimeca. Se trata de una consignación de recuerdos, de tiempos pasados en los que los dioses y los hombres gozaban de un mismo espacio, que no puede ser rellenado por el olvido o la mentira.

Ante la impredecibilidad del pasado los relatos históricos de importancia tienen, a su vez, la intención de ser génesis: hablan de la creación de la Tierra y de cómo llegaron los dioses a asentarse en ella. A la luz de esta forma de historiar se buscan los orígenes de una lengua, de una religión o de un gobierno hasta de una nación. Le Clézio refiere que así sucede con los relatos primigenios del pueblo iraní, "con la epopeya del gigante Gilgamés, con el establecimiento del pueblo de Israel o finalmente con las leyendas griegas y escandinavas."

Al igual que en los *Libros del Chilam Balam* y en el *Popol Vuh*, la *Relación de Michoacán* refiere la génesis de la gran nación purépecha. Mucho antes de la conquista española, conquista de poder con hambre de oro, Michoacán había sido conquistada en aras de la gloria y con el poderío de los antiguos dioses chichimecas. Es pues, una relación conmovedora que se hace eco de los tiempos en que la poesía y la historia se hermanaban y en los que los dominios de los hombres se hacían uno con los reinos de los dioses.

La historia purépecha se inicia con la llegada de los chichimecas, guerreros nómadas que se acercan a las faldas de la sierra volcánica, a mediados del siglo XIII, guiados por su dios Curicaueri. Es ésta una cronología en donde a cada línea la fantasía y la realidad se mezclan confirmando la coexistencia mágica entre los hombres y sus dioses. Es un texto que se convierte en el testamento y en la memoria del pasado del pueblo de Michoacán, pueblo que, tras siglos de vida nómada y entre miles de batallas y demás ofrendas sangrientas, asienta y desempeña un papel importante en las civilizaciones de la América prehispánica.

Las cualidades literarias de la *Relación de Michoacán* la igualan con los más grandes textos de la literatura universal. Así, no es de extrañarse que Le Clézio refiera pasajes de *La Ilíada* y *La Odisea*, recuerde imágenes de la *Chanson de Roland*, o compare la muerte de Cando, Señor de Curíngaro, asesinado mientras soñaba por la hija de Ta-

riácuri, con el relato bíblico del asesinato de Holofernes, quien también dormía cuando fue asesinado por Judit.

Entre los muchos motores que impulsan a la historia destacan los engranajes de la magia y las poleas de lo fantástico, que se alimentan de batallas, cultivos, héroes costumbres y dioses —hombres que, aún siendo particulares y michoacanos, refieren un pasado de interés y de importancia universales. Tal vez por eso no es ilógico que la *Conquista divina de Michoacán* refiera acciones de los quenguariechas que, consagrados a la oración y a la guerra y plenos de probidad y valor, recuerdan a los samurai del Mikado del Japón feudal o a los caballeros del Rey Arturo.

JORGE HERNÁNDEZ